

## JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA 1866-1959 NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA

MIGUEL DOMÍNGUEZ-BERRUETA DE JUAN  
JAVIER DOMÍNGUEZ-BERRUETA DE JUAN

### I. INTRODUCCION

En los autores de esta biografía de Juan Domínguez Berrueta, encargada por la redacción de la «Revista Estudios» de la Diputación de Salamanca, concurren dos circunstancias que es obligado dar a conocer al lector. La primera de ellas, muy fácil de detectar por el apellido, es la condición de nietos del biografiado. Esta circunstancia provocaría a priori una ausencia de objetividad en los posibles juicios o valoraciones que pudieran realizarse sobre el personaje.

La segunda circunstancia atiende a su condición profesional: ninguno de nosotros somos historiadores; es evidente por tanto la ausencia de una mínima capacidad técnica para redactar una auténtica biografía.

Por todo ello hemos preferido suministrar al lector datos, notas, escritos referentes a la vida y a la producción científica y literaria de nuestro abuelo y que sea precisamente el lector quien juzgue directamente a Juan Domínguez Berrueta.

### II. APROXIMACION PANORÁMICA A LA BIOGRAFÍA DE JUAN DOMÍN- GUEZ BERRUETA

#### 1. *Vida*

Nació en Salamanca, el 12 de Julio de 1866. Licenciado en Ciencias Físico-Químicas por la Universidad de Salamanca en 1886 (compañero de promoción de P. Arintero). Realizó el Doctorado en la Universidad Central de Madrid en 1892. En 1895 es nombrado Catedrático Interino de Análisis Mate-



JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA

mático de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Salamanca. En 1900 contrae matrimonio con Angela Carraffa de Nava.

Obtiene en 1903 la Cátedra de Matemáticas del Instituto de San Sebastián; en 1904 regresa a Salamanca, ejerciendo en el Instituto salmantino la docencia hasta 1935, momento de su jubilación.

En 1915 descubre en los libros de Registro de Matrícula de la Universidad de Salamanca el nombre de Juan de San Matías, con lo que se confirman los estudios de San Juan de la Cruz en la Universidad de Salamanca, hasta ese momento mal definidos en sus biografías.

En 1950 es nombrado Cronista Oficial de la Provincia. En este mismo año el Ayuntamiento da su nombre a una vía pública, y la Diputación Provincial le concede la Medalla de Plata de la Provincia. Muere el 7 de abril de 1959, a los 93 años.

## 2. Actividad académico-docente

Con carácter docente publicó diversos libros de Matemáticas, Álgebra, Trigonometría y Geometría, dirigidos a sus alumnos del Instituto de Salamanca. Entre ellos destaca una «Trigonometría» publicada en 1904, conforme a un método original fundado en la *cantidad imaginaria*.

Con carácter científico hay que destacar: «La demostración del Postulado de Euclides» e «Idea de una generalización de la cantidad imaginaria». En 1900 publicó «Música nueva», «con un prólogo entusiasta del crítico italiano Mario Pilo. Ese libro fue el comienzo de una serie de investigaciones originales sobre la teoría científica de la música, que han despertado en el extranjero gran interés, habiéndose ocupado de ellas la *Revue Internationale du Musique*, y la *Rivista Musicale*, habiéndole pedido al autor, desde Constantinopla, un personaje turco, Raouf Jekta Bey, noticia completa de estas investigaciones para aplicarlas a la música oriental»<sup>1</sup>. En esta línea realizó «Teoría Física de la Música», trabajo distinguido en 1927 por la Academia de Ciencias, y «Regeneración de la gama de sonidos», publicado en Turía en 1908.

## 3. Actividad periodístico-articulista

Inició su labor periodística en 1897, cuando el Obispo P. Cámara funda el periódico «El Lábaro», de orientación católica, participando en su redacción hasta su desaparición en 1910, junto con sus hermanos Martín y Mariano.

Colaboró con sus artículos de opinión en diversos periódicos y revistas extranjeras y españolas, tales como: «La Vanguardia» y «La Prensa» de Barcelona, «Ya»

1. Enciclopedia Universal Espasa. Tomo 18. Suplemento 1935.

y «El Sol» de Madrid, «El Adelanto» y «La Gaceta» de Salamanca, «El Criterio» y «Nosotros» de Buenos Aires, «El Español»...

#### 4. *Actividad literario-filosófica*

Colaboró en revistas filosóficas («Ciencia Tomística», «Verdad y Vida», «Orientación Española», «Vida Sobrenatural», «Religión y Cultura»...), participando también en diversos congresos filosóficos (Bolonía, 1911; Madrid, 1955).

Mantuvo relación y amistad con personalidades como M. Legendre, J. Chevalier, H. Bergson, M. Falla, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, J. Benavente, J. Maragall, Gabriel y Galán, K. Vossler, Magnus Groenwold, Alain Guy...

Entre sus obras publicadas conviene destacar las siguientes:

- LA CIENTIFICOMANÍA (Madrid, 1895), que fue calificada por la *Civiltà Cattolica*, de Roma, como «un digno paralelo a los escritos de Brunetiere contra la seudociencia».
- SANTA TERESA DE JESÚS Y SAN JUAN DE LA CRUZ. BOCETOS PSICOLÓGICOS. (Madrid, 1915).
- SOFROSINE (Salamanca, 1922).
- LA NOLUNTAD (Madrid, 1925).
- FRAY JUAN DE LOS ANGELES (Madrid, 1927).
- UN CANTICO A LO DIVINO. VIDA Y PENSAMIENTO DE SAN JUAN DE LA CRUZ (Barcelona, 1930).
- SAINTE THERESE ET LA VIE MYSTIQUE (París, 1934), en colaboración con J. Chevalier.
- LA CANCIÓN DE LA SOMBRA: UN CUENTO Y UNA FILOSOFIA (Madrid, 1910, 1ª Ed.; y en 1935, 2ª Ed.), que mereció calurosos elogios por parte de J. Enrique Rodó, Juan Maragall, Federico Mistral, E. Merimée, Schneeberger, Groenwold y Jørgensen. Resultó traducida al francés por A. Guy en 1944.
- DEL ALMA DE LAS COSAS (Salamanca, 1935).
- DEFENSA DE LA CULTURA (Madrid, 1940).
- SALAMANCA. GUÍA SENTIMENTAL (6 ediciones, la 1ª en 1916 con dibujo de Miguel de Unamuno en la portada; la 6ª, en 1991, edición facsímil con ilustraciones de González Ubierna).
- CISNEROS, Editora Nacional, 1945.
- FILOSOFÍA MÍSTICA ESPAÑOLA (Madrid, 1947).
- UNA VIDA POR DENTRO (Salamanca, 1956), con dibujos de Zacarías González.

#### 5. *Estudios de la obra de Juan Domínguez Berrueta*

- GUY, Alain: «Essai d'explicitation d'une haute pensée castillane au XX siècle». París, J. Vrin. 1944. «Les philosophes espagnols d'hier et d'aujourd'hui». Toulouse, Privat. 1956. «Antropología y Metafísica en Gregorio Marañón y Juan Domínguez Berrueta».

- Universidad Menéndez Pelayo. Santander. 1961. «Historia de la Filosofía Española». Barcelona. Anthropos. 1985.
- GROENWOLD, Magnus: «Bak de Ville Pyrener». Oslo. 1936.
- UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA: «Un bergsoniano salmantino: Juan Domínguez Berrueta». I Seminario de Historia de la Filosofía Española, 1978.
- SALCEDO, Emilio: «Literatura Salmantina del siglo XX». Salamanca. Centro de Estudios Salmantinos», 1960.

### III. CLAVES REFERENCIALES EN LA PERSONALIDAD DE JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA

#### 1. *El entorno familiar*

En la vida de casi todos los seres humanos el entorno familiar resulta casi siempre una referencia importantísima para la mejor comprensión de la personalidad. En el caso de Juan Domínguez Berrueta este entorno nos parece imprescindible para situar al personaje en su auténtica dimensión.

Como es lógico, de manera primera y principal, su madre, cuyo apellido Berrueta demuestra su ascendencia vasco-navarra, supuso una enorme influencia. La admiración y cariño de Juan Domínguez Berrueta por su madre es patente; en una entrevista realizada en el periódico *El Español* en 1956, ya en los últimos años de su vida manifestaba: «...Yo soy muy soñador. Siempre lo fui. He heredado esto de mi madre, que era muy sensible y muy romántica. Ella me enseñó a buscar el alma de las cosas. Nos imbuía fantasía a mis hermanos y a mí, y esto yo creo que es muy necesario para elevarse sobre la materialidad del cotidiano vivir. Era admirable mi madre. No era una mujer corriente; por eso dedico a su memoria mi «Guía sentimental»; ella me enseñó a soñar. Recuerdo que el gallo que hay en la veleta de la catedral llegó a ser para nosotros un animal fabuloso y sapiente. Ella nos explicaba: «Mirad, hijos, el gallo anuncia agua», «el gallo anuncia sol». Y, claro, nunca se equivocaba, porque ella sabía que si la veleta miraba al río traía agua, o si miraba al naciente era buen tiempo. Y todas las cosas de nuestra ciudad nos las adornaba ella con su imaginación...». Efectivamente ya en la primera edición de su «Guía Sentimental» se puede leer la siguiente dedicatoria: «A la buena memoria de mi madre que me hizo sentir el encanto de una Salamanca donde ella nació y a la que las injurias de los hombres antes que la de los tiempos van acabando poco a poco».

Como homenaje a su madre en uno de los capítulos de dicha «Guía Sentimental» se relata lo siguiente: «...Hay otro día y otra hora de especial ambiente. Es el 2 de Agosto. El día de la Porciúncula, día franciscano, de aquel amable santo que predicó a los pájaros, y al hermano lobo le dijo: «bien sé que es por hambre por lo que tú has hecho tanto mal...». Es a pleno sol, a las tres de la tarde de un día de verano, en Salamanca. La luz natural no estorba al sentimiento religioso.





En la plazuela de San Román está el Convento de las Claras, cuya fundación hizo la piadosa dama D<sup>a</sup> Urraca, el año 1240. Todos los años, tal día y a tal hora, en aquella iglesia solitaria, entraba y salía siete veces una señora, de modestísimo porte, de mirar inteligente y bondadoso, de un raro continente de dignidad. Recorría las estaciones para el jubileo de la Porciúncula, ella sola, en aquella iglesia única, apartada, recogida, sin ser vista de nadie. ¡Perdóneme la excentricidad!... ¡Aquella señora era mi madre!...».

Otra mujer, en este caso su esposa, ayuda también a comprender el ambiente intelectual y de estudio que presidió la vida de Juan Domínguez Berrueta. Angela Carraffa y de Nava era Doctora de Filosofía y Letras por la Universidad Central. Su Tesis Doctoral leída el 19 de octubre de 1892 versó sobre «Fernando Nuñez de Guzmán (El Pinciano)». En la introducción de dicha Tesis señalaba: «Si desde el siglo pasado no se halla mujer alguna que haya solicitado tal honor, débese, sin duda, a la creencia de que aquella no debe salir, ni un momento siquiera, del hogar doméstico, ni sus ocupaciones deben ser otras que las propias de la vida interior de la familia. Pero ¿qué más?. Todavía fuera de este templo del saber se oye decir a todas horas que la misión de la mujer está reducida a «rezar y coser», olvidando que una lección dada por una madre a sus tiernos hijos, es, no tan sabia como la de doctos maestros, pero sí más dulce y persuasiva».

Finalmente una referencia a sus hermanos Mariano y Martín completará este entorno familiar. Mariano Domínguez Berrueta nació en Salamanca el 25 de Septiembre de 1871, y murió en León el 1 de Marzo de 1956. Cursó sus estudios

y se Doctoró con las máximas calificaciones en la Universidad de Salamanca. En 1903, ganó la Cátedra de Física y Química, siendo destinado al Instituto de León, del que fue Director.

Por su vinculación a esta provincia, fue nombrado Hijo Adoptivo de la misma y Cronista Oficial.

Fue condecorado con las Palmas Académicas de Francia y formó parte, como agregado, de la comisión astronómica francesa que estudió el eclipse de 1905. Fue también Premio de la Universidad de Salamanca, por su obra «Alma Charra», y Medalla de Oro de la ciudad de Astorga, por sus conferencias sobre el Centenario de los «Sitios de Astorga». Es autor de la comedia en un acto *Por los suelos*, que se estrenó en el teatro de Lara, de Madrid, en 1909. Se le debe, además, *Física moderna* (1907), *Alma charra*, *El carro y el miseroso*, novela; *Valdejimena*, novela; *Semblanzas salamanquinas*, y *Universalidad del magnetismo*. Entre otras obras destacadas podemos citar: *La Catedral de León*, *Guía Artística de León*, *Guía del Caminante en la Ciudad de León*, *Cosas de la Catedral*, *Regiones Naturales y comarcas de la Provincia de León*, *Paso Honroso de Don Suero de Quiñones*, *El Gran Duque de Alba*, *Fray Luis de León*, *El cancionero Leonés*.

Por su parte, Martín Domínguez Berrueta fue Catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes de la Universidad de Granada. El libro «Impresiones y paisajes» de Lorca, surgió bajo el impacto de los viajes pedagógicos por España organizados por Martín Domínguez Berrueta en los años 1913, 1916 y 1917. En 1916 (Junio) funda y dirige la «Revista Lucidarium», revista de la Facultad de Letras de la Universidad de Granada. En su artículo de Introducción manifiesta: «Una publicación de estudiantes y de maestros es propiamente una revista de la Facultad: es lo que anhelamos cuando sentimos la protesta ulterior contra el Estado actual de esqueletización que tiene enterrada en vida a la Universidad española».

Fue Director de «El Lábaro» desde su aparición (24 de marzo de 1897) hasta 1906, y en el período 1908-1910. Dimite irrevocablemente el 29 de septiembre de 1910, agotado por las alusiones que se le hacían desde algunos púlpitos, tales como: «pido a todos los fieles que se lancen a una campaña exterminadora de seres que como el señor Martín Domínguez Berrueta destruyen la fe, aniquilan a la Iglesia, y entregan a la Católica España en manos del mismísimo diablo».

Con Antonio Machado le unió una antigua y buena amistad, en tal sentido Machado publicó en «El País», diario republicano de Madrid, el trabajo titulado «Granada: el Doctor Berrueta».

## 2. La enseñanza, la ciencia y las humanidades

La enseñanza constituyó para Juan Domínguez Berrueta preocupación esencial en su vida. Así lo atestiguan no sólo sus más de 30 años dedicado a ella sino también los numerosos artículos que publicó sobre el tema. En 1919 publica en el



periódico «El Adelanto» un artículo titulado: «*De la enseñanza como obra de arte*», en el que manifiesta su preocupación por las Humanidades frente a la invasión de las llamadas enseñanzas técnicas y que reproducimos a continuación dado el contexto histórico internacional de entonces y frente al que Juan Domínguez Berrueta de manera indubitable toma partido acerca de la enseñanza no militarista:

“La verdadera enseñanza es una educación de la inteligencia. Y como las facultades humanas no están aisladas más que en la abstracción del estudio, la educación intelectual supone la del sentimiento y la de la voluntad».

“...Escultores de almas, esta es la palabra y lo que deben ser los maestros. Y yo temo que muchos maestros no se han percatado de esta su misión artística. Sin que sea nuestro ánimo menospreciar ninguna disciplina mental, nos permitimos abrigar una duda: ¿no habrá en la «pedagogía», mas aún, en la «paidología», demasiada ciencia, perjudicial y contraproducente?...».

“...Las lenguas clásicas, que estaban más cerca de las ideas madres llamaban «bien» a lo que era bueno para el individuo, y «bello» a lo que era bueno para la colectividad. Y esto supone cierto renunciamiento del «yo», cierto sacrificio, holocausto, en el que el fuego sagrado quema lo que es materia para que aparezca la llama del espíritu, del ideal.

De aquí que lo «técnico», lo utilitario, sea contrapuesto á lo artístico, y que la bella arte de la enseñanza, como educadora de las facultades humanas, no deba ser

enseñanza de «técnicas». «Humanidades», disciplinas que hacen hombres, se han llamado con alto honor las enseñanzas hoy tan menospreciadas del bachillerato. «¡Menos latín, más ciencias exactas y experimentales!», se ha gritado por muchos. Está bien. Bueno es que una nación disponga de gran número de matemáticos y de químicos. Pero lo primero, ahora y siempre, es que disponga de hombres. Y la formación de hombres, la educación de sentimientos y de voluntades, la escultura de almas, no se ha hecho nunca con química ni matemáticas. La ciencia, en «abstracto» y en «concreto», es lo menos educador del mundo...».

«...No hay verdadera cultura sin educación del sentimiento. Un pedante aunque tenga en la cabeza almacenada una enciclopedia puede ser un hombre inculto, y desde luego es un hombre inelegante en lo intelectual. Cicerón llamaba á una persona de exquisito juicio «elegantissimus in omni iudicio». Esta elegancia en el pensamiento sería el bello ideal á que debía conducirse toda enseñanza».

«...El pensamiento que nos figuramos más libre no es acaso más que un esclavo de un sentimiento, y éste muchas veces no es más que una traducción anímica de inhibiciones en la vida fisiológica. Una enfermedad, un cambio de régimen alimenticio, ó de medio ambiente, un cambio de aires, sencillamente, lleva consigo un cambio de ideación, en las cabezas mejor organizadas.

El pobre siglo XIX, el del «vapor y la electricidad», el de la ilustración que aprisionaba el rayo, produjo la científicomanía, entendiendo exclusivamente por ciencia la experimental. La estética y el arte, entre otras muchas cosas estaban mandadas retirar. La estatua de Venus de Milo se definía como un bloque de carbonato cálcico. Y la cultura se midió —y aún hoy se mide por muchos todavía— por el «alfabetismo». Un hecho histórico, la guerra franco-prusiana dió fama á una frase efectista: «el maestro de escuela alemán venció á Francia». Y precisamente no dijo Moltke, que al maestro se debiera la victoria, sino al sentimiento de patria, al culto al Estado, á la fe en la organización y en la fuerza de la nación, infundidas en el espíritu del soldado alemán. Pero la frase simplista con pretensiones de trascendental tuvo un éxito inmenso: la escuela de primeras letras, la enseñanza del alfabeto fué durante medio siglo, el «desideratum» de la cultura intelectual. La noble arte de la enseñanza se redujo al abecedario...».

«...Además, el hecho histórico de ahora, la derrota alemana, con el éxito de la entrada de los aliados anglosajones en acción, marchando á las batallas como á un deporte, ha cambiado para muchos completamente la orientación de la cultura: ya no dicen que son las escuelas, son los «campos de Eton», los que han ganado la victoria. En realidad, ni una cosa ni otra, ni «alfabetismo», ni «deportismo» constituyen ni han constituido nunca, exclusivamente, una orientación digna del desenvolvimiento de las facultades humanas. Y ni el «alfabeto» ni el «deporte» deben servir de pretexto para una preparación para la guerra. El aforismo «si vis pacem, para bellum», es falso aplicado a la vida internacional. Aquí el órgano crea la función. El que se prepara para la guerra, acaba tarde o temprano por hacerla. Si se quiere la paz, y la verdad es la paz, la enseñanza nunca debe preparar para la guerra. Si la enseñanza no debe ser una ciencia, ni un juego, menos debe ser una industria. Ya Goethe abominaba de una «industrialización de la cultura», que era niebla fatal para el pensamiento. La industria tiene sus fines utilitarios, que se oponen a la bella inutilidad de las cosas artísticas.



La enseñanza tiene algo de paternidad, que es obra de arte en su más alto sentido. El padre es el maestro, artista, por excelencia, de sus hijos. Pero esta función docente de los padres está abandonada, en absoluto, por la inmensa mayoría de ellos. En unos por necesidades de la vida, en otros por dejación de deberes. Acaso se dirá que muchos no son dignos, no merecen ser maestros de sus hijos; pero es que tampoco merecen ser padres.

No merecen ser escultores de almas ni de cuerpos».

En 1933, también en el «El Adelanto», escribe un artículo titulado «Inundación de Bachilleres», donde el fenómeno que hoy conocemos como masificación de la enseñanza es sometido a crítica por el autor.

Finalmente en 1949, esta vez en el periódico «La Vanguardia», escribe el artículo «Más Humanidades», demostrativo de la preocupación del autor por la pedagogía y las Humanidades:

«En una de sus recientes crónicas, tan interesantes y amenas, de Augusto Assía, desde Londres, nos informa de un aumento de 53.000 estudiantes universitarios, después de la guerra, en Inglaterra. Y del cambio esencial que esta aglomeración supone, en menoscabo de la tradicional y clásica enseñanza de Oxford y Cambridge. Aglomeración, que haría perder su carácter de «parsimonia», de espaciosidad, de recreación, en el «Sitting Room» —salón de urbanidad, de diálogo, de amistad— que distinguía a los famosos colegios medievales. Si esto desaparece —observa bien Augusto Assía— corren el peligro de convertirse, Oxford y Cambridge, en universidades científicas y tecnológicas, muy útiles para una sociedad democrática e industrial, pero inútiles para las letras y el espíritu.

Y cita un verso del poeta inglés Dryden, de fines del siglo XVII, cuando la decadencia intelectual de Europa, en que decía: «La poesía, la cual en Oxford es un arte, en Londres es sólo un comercio».

Comentemos esta información, siempre actual e importante.

Ya había dicho Max Scheler: «Que la democracia se ponga al servicio de la cultura, en vez de pretender señorearla». Y con gracia y fina ironía, dijo Alexis Carrel: «El mejor modo de elevar la inteligencia de los sabios es limitar el número de ellos». Con esas frases está dicho todo lo que se puede decir del peligro de la aglomeración escolar universitaria. No se puede pensar «en masa». El mismo arte popular, tan admirable, no es creación del pueblo, de colectividad ninguna; es un genio anónimo el que inventa la canción, y el pueblo la hace suya si adivina que es un eco de sus sentires, inexpressados e íntimos.

Clases numerosas son un absurdo pedagógico. Ni el mismo Sócrates redivivo sería capaz de enseñar a medio centenar de alumnos. Alumnos decimos no discípulos, de donde viene «disciplina», disciplina, no «asignatura». Las artes liberales, las «humanidades» eran las eternas educadoras de la «humanidad». Las técnicas, en cambio, son lo menos educador del mundo. Técnica no es cultivo del espíritu, no es cultura. Con numerosas «asignaturas» se llega a la ignorancia enciclopédica. Y no queda tiempo para la necesaria «recreación» (en su doble sentido) del escolar. Escuela, en Grecia, era ocio, juego, al que llevaban los ayos «pedagogos», a los niños. Hoy se ha convertido en «ocupación» para llenar el «ocio». Para librar a los padres

del «estorbo» de sus hijos que dijo Bernard Shaw; las técnicas modernas, como la máquina de calcular, sirven para ahorrarse el trabajo de pensar.

En la Alemania intelectual, orgullo de Europa, anterior a la primera guerra mundial, había una escuela modelo en Koenigsfeld. Dos horas de máxima atención, en trabajo escrito, exigía a sus discípulos al día. Las clases sólo duraban tres cuartos de hora. La explicación del maestro se hacía, después de clase, individualmente, como lo de «estar al poste», que se decía en la Universidad medieval de Salamanca. El número de alumnos era de una docena en cada clase. El castigo que se imponía a los escolares disipados o alborotadores era obligarles al silencio, para escuchar a los demás, para educar su atención. Se comprende la grandeza a que llegó Alemania, hoy derrumbada y deshecha por la locura nietscheana de la «voluntad de poderío». No podemos menos de recordar unas palabras certeras de Ortega y Gasset («El Espectador II»): «Cuando se cuenta con complicadas técnicas para todo, sólo un cosa se hace al buen tuntún: vivir». Y nos permitimos añadir ahora: cuando se menosprecia así el don divino de la vida, no es extraño se llegue a la mayor calamidad humana, la guerra. Y guerra moderna, no ya entre ejércitos sólo, como las antiguas, sino entre pueblos enteros, que se destruyen totalmente».

### 3. *El «Lábaro». Periódico católico salmantino del padre Cámara*

Señala Iscar Peyra refiriéndose al periódico «El Lábaro» y sobre Juan Domínguez Berrueta y sus hermanos:

«Baldomero Gabriel y Galán era el ojito derecho del padre Cámara; con él entraban a escote en el afecto del obispo los tres hermanos: Martín, Mariano y Juan Domínguez Berrueta; periodista de cuerpo entero el primero de ellos, capaz de escribirse un par de artículos diarios en un estilo suelto y ameno sin mirar a las cuartillas y sin que le estorbase la tertulia, caso de facilidad y de gracia de pluma que se repetiría en la generación siguiente con la pasmosa fecundidad de José Sánchez Rojas, el malogrado y prodigioso cronista que sintió y cantó con el garbo de su prosa las bellezas de los rincones castellanos. Mariano Domínguez Berrueta, costumbrista, a la manera de Maldonado, con la diferencia que puede haber entre un naturalista y un romántico, fué el primero, puede que el único, que tuvo la audacia de llamar a las cosas por su nombre, sacando a relucir las humanas pasiones que se ocultan bajo esa literatura momificada que no ve más que virtudes en la aldea, como si las criaturas que habitan las alquerías salmantinas, saliesen de la hornada especial donde se amasan los héroes y los santos. El mayor de los tres Berruetas, Juan, de pergenio velazqueño, barbita puntiaguda y cana, mirada serena y la mano al pecho, donde late un corazón de oro, va pasando su vida en coloquios con místicos, con San Juan de la Cruz, con fray Juan de los Angeles, con Santa Teresa, de quienes ha escrito y sigue escribiendo sus vidas y milagros, conociéndolos muy a fondo, porque no en balde son sus amigos de siempre... y sus contemporáneos... Todos los lunes del año, siguiendo la costumbre implantada por *El Imparcial*, la primera plana de *El Lábaro* aparecía acotada para los esparcimientos y enseñanzas de la literatura. Con los cuentos de Maldonado y las crónicas de costumbres charras de Mariano Berrueta, y el ensayo enjundioso y delicado de Juan, que solían ser los colaboradores más asiduos, alternaban los versos de Baldomero, y, luego, los de su hermano, .....».

Efectivamente los tres hermanos colaboraron de forma continua y desinteresada en el periódico del Padre Cámara. Juan Domínguez Berrueta en la entrevista ya citada en «El Español» había señalado: «Antes sólo había hecho periodismo, accidentado periodismo, en «El Lábaro». Este periódico lo dirigía el ilustre agustino que fué obispo de Salamanca padre Cámara. Imagínese usted si tal diario sería ortodoxo; pues bien, enfrente de nosotros teníamos a los integristas, cuyo presidente era don Enrique Gil Robles. Ellos querían ser más papistas que el Papa y nos tachaban a nosotros de liberales y hererodoxos. Había que contestarles todos los días. Era tremendo. El único liberal aquí era Unamuno, que escribía en «El Sol», de Madrid».

Los furibundos ataques desde el catolicismo más integrista sufridos por «El Lábaro» provocaron el cierre del periódico en 1906. En el último número de esta primera época, el 31 de diciembre de 1906, con el título «Programa cumplido», Juan Domínguez Berrueta publica un artículo que transcribimos a continuación para que sea el propio lector quien juzgue sobre el pensamiento del autor:

«Diez años há salió a la luz pública el primer número de EL LABARO. No tema el lector la inevitable «ojeada retrospectiva». ¿Para qué? Lo más útil de la historia es ser maestra de lo porvenir. Sacada la enseñanza de lo pasado, no hay por qué mirar más hacia atrás. Séanos permitida únicamente la satisfacción legítima de haber cumplido al pie de la letra el programa de nuestro primer día, en el que nos ratificamos hoy. Hemos tenido grandes contradictores. Desde luego que no por la insignificancia de nuestro nombre, pero sí por la importancia de la elevada personalidad que se dignó presentarnos en el estadio de la prensa colmándonos de elogios, inmerecidos por supuesto, han llovido sobre nuestras cabezas las chinitas de una mortificante, aunque no mortífera guerra, que ha durado diez años, sin aniquilarnos. No hablemos de los enemigos de la izquierda. Esa lucha la teníamos descontada. A eso íbamos al palenque de la prensa. Insultos, injurias, calificativos denigrantes... séales la tierra leve. Las intolerancias de los *tolerantes* son cosa hasta divertida para combatir.

Mayor molestia debía causarnos la guerra sorda, la oposición perdurable de los buenos, de los mejores. Nosotros, como hombres, habíamos de tener nuestros aciertos y nuestros desaciertos. Para lo primero se tenía la piadosa conjuración del silencio; para lo segundo, la caritativa eficacia de la murmuración. El aislamiento siempre.

Diez años, día por día, hemos esperado la batalla campal, el ataque serio y razonado contra el programa definido en nuestro primer artículo *La buena prensa*, si es que estábamos en un error. O el aliento generoso y honrado, la cooperación eficaz y fecunda, si por acaso defendíamos la verdad. Todo eso está por venir.

¡Periódico independiente! Este título escandalizaba ya de por sí á muchos católicos políticos, a quienes devoraba el celo por reñir en la prensa las batallas del Señor á banderas desplegadas, con estandartes pregoneros de un catolicismo de letras de molde, tan intachable como ineficaz. Porque renunciábamos modestamente al papel de predicadores y de pontífices en el periódico, pues como periodistas no estábamos investidos de carácter sacerdotal, se dijo que abandonamos el campo á los embates de los impíos, por cobardía, por mezquindades, por medros humanos (piadosamente jugando, por supuesto). Orador sagrado hubo que llevado, sin duda, de su exalta-

do fervor por la salvación de las almas, en unos devotos ejercicios espirituales tuvo para EL LABARO, sin citarlo, por supuesto, alusiones y juicios mucho más despectivos que para *El País* y sus congéneres. Nuestro *liberalismo* era condenable... ¡Al mismo tiempo nuestro *antiliberalismo* era juzgado por la prensa y por los corrillos y centros de la política local como prototipo del *clericalismo* y de la *reacción*! ¡Cosa para tomarla á risa sino fuera triste en el fondo! Era cosa de haber dicho á nuestros cordiales adversarios: Pónganse ustedes de acuerdo, y dígnanos lo que somos. ¡Sí, ya lo sabemos! El calificativo fraternal, que se viene enseguida á las mientes de esos espíritus unilaterales, es este epíteto infamante: ¡*mestizos*!

Para esas dichosas simplificadas mentalidades no existe la posición media de la verdad: *in mediis virtus*. Ni la equilibrada y serena marcha de la Iglesia: *inter errores contrarios lenta medio passu incedit*. A esto lo llaman, despreciativamente, medias tintas. Ellos no ven más que dos colores: el rojo por un lado, el negro ó el blanco, por el otro. ¡Cuestión de daltonismo! No tiene cura.

¿Estaremos equivocados? nos preguntamos muchas veces al comenzar nuestra vida periodística. ¿No podrá haber una prensa que coopere á la acción social del catolicismo sin invadir el terreno de la predicación eclesiástica y dogmática, sin lanzar anatemas, ni definir ortodoxias, sin dar patentes ni quitar títulos de religiosidad a personas ni á cosas? Y, en efecto, hubimos de solicitar solución definitiva á nuestras dudas. Más alta, y más honrosa no podíamos desearla. El Cardenal Rampolla, entonces Secretario de Estado de Su Santidad, sometió á la consideración del gran León XIII, por iniciativa del fundador de EL LABARO, el Padre Cámara, de santa memoria, nuestro *programa* en la prensa y nuestra conducta definida en el mismo. El Pontífice no halló otra forma de *censura* que «complacerse en nuestros propósitos» y otorgarnos para ellos su apostólica bendición. ¿Podíamos estar tranquilos?...

¡Por lo menos mientras no llegasen a Obispos de Roma, a la cátedra de San Pedro, los que nos condenaban *ex cathedra* salmanticense!

¿Que no representábamos siquiera en la prensa el *partido católico*? El ilustre Brunetière hizo un discurso admirable el 23 de Febrero de 1901 sobre la acción católica social. En él trató magistralmente del partido católico. He aquí sus palabras:

«No ha habido quizá error más desastroso en el curso del siglo que acaba de terminar, que el haber ensayado organizar el catolicismo en partido. La palabra *partido* expresa ya por sí sola, en el uso corriente, estrechez de miras, obstinación, hostilidad. ¿No es rebajar al nivel de una institución humana el catolicismo al tratar de organizarlo en partido? La religión está por encima de todos los partidos... Si a la religión le es necesario luchar con los partidos, no es preciso que se haga uno de tantos por ello. El catolicismo es de suyo, por naturaleza, sin necesidad de otra organización que la de la Iglesia, esa *agrupación*, esa *fuerza*, esa *comunidad* que se busca. Desde el momento que se ensaya constituir otra organización, se hace sospechar de intenciones menos religiosas que políticas, se particulariza, se restringe, se impide la universalidad de su acción».

¡Las palabras de Brunetière, quizá hayan sido proféticas del triste vencimiento de la organización político-católica en Francia!

Además... ¿quién es el *partido católico* en España? ¿En Salamanca, dónde está? Aquí, mucho más todavía que en Francia, por no estar deslindados los campos, el periodista titulado *católico* queda reducido en su papel para la mayoría de las gentes ó á un «seglar de sotana», sin libertad para llevar la acción de la Iglesia más allá de



donde lo permiten los «hábitos»; o a un «sacerdote de levita» sin autoridad para hablar en nombre de la Iglesia, por no estar investido de su propio «traje». Muchos, al llegar aquí, dicen: ¿Pero es posible que sin titularse valientemente católica esa «buena prensa» sea suficiente con su independencia, con su neutralidad nativa para aniquilar el mal, para detener la ola invasora del anticatolicismo? A esos espíritus fuertes, inflexibles, sólo les señalaremos una contradicción en que incurren por sistema. Preguntadles qué es lo que consideran más eficaz para el mal: la prensa declaradamente impía, o la prensa neutra, al parecer, pero de un espíritu hondamente anticatólico. —¡Ah!— os responderán sin vacilación— la prensa neutra, la que no hace constante alarde de impiedad, la que de manera indirecta, pero de segura, lleva las almas al error. ¿Por qué no ha de ser aplicable para la verdad esa *prudencia* que nos enseñan los que combaten por la mentira? ¿Será menos católica nuestra prensa porque no diga ella misma todos los días, con la letra de molde, que lo es?

Por otra parte. ¿Qué significa el título por antonomasia de *católico* en un país católico como España, en una ciudad católica como Salamanca?

«¡Periódico católico, imprenta católica, tinta católica, papel católico...!» Así exclamaba, con dejos de amarga ironía, el inolvidable Padre Cámara cuando, disponiendo en su diócesis de un periódico y de una imprenta episcopales, se fundaban imprentas y periódicos *católicos* en Salamanca.

Llámesse prensa religiosa episcopal, o parroquial, si se quiere, o si es necesario, y el pueblo, con su buen sentido, la llamará católica, sin confusión, y sin escándalo. Pero titúlese católica, y las gentes se preguntan siempre: ¿pues qué, *lo demás* no es católico? ¿La imprenta de al lado, el periódico de D. Fulano, son protestantes, ó judíos, ó budistas? ¿Una cuestión de nombre, una insensatez, lo que se quiera, pero es una realidad! ¡Y es tan lamentable vivir fuera de la realidad!

¿Seremos menos católicos por haber señalado y querido evitar el abuso que se hace de este honroso título? Nos importa poco parecer menguados ante los ojos de los que tienen más catolicismo que nosotros en su lengua, aunque acaso no posean más que nosotros en su espíritu.

Otro de nuestros proceder más censurados por los buenos, por los mejores, ha sido el modo humano, el modo caritativo con que tratamos á nuestros adversarios... «Nuestro compañero... nuestro particular amigo». «¡Eso es confabularse con el error!» «Al enemigo, ni el agua, ni el fuego, en la prensa y en público». Aunque luego haya que *besarle la mano* en particular y en privado. Contra estas máximas de novocatólicismo teníamos nosotros otras más antiguas. Nuestra religión cristiana tiene un mandamiento único, que dice: «amarás». Esta es la señal de vida que nos da el Evangelio: amar á los hermanos, á los que con nosotros componen la humanidad.

Muchos que se tienen por defensores natos de la religión, y se creen con el privilegio de un «odio santo» irresistible hacia el prójimo, practican, sin saberlo, la máxima de un famoso pensador impío, para quien era imposible conciliar la guerra al error con la paz con los hombres que yerran.

Nosotros no nos tenemos por los mejores, ni siquiera por «los buenos». Con el publicano del Evangelio nos consideramos pecadores, y no decimos como el fariseo; «os damos gracias, Señor, porque no somos como el publicano». Queremos que nuestras obras digan lo que somos, no nosotros.

Y, finalmente, creemos con Lactancio: «que se debe defender la religión muriendo, pero no matando».

Por eso, cuando expertos adalides de la buena causa vengan a tremolar el nuevo LABARO y a reñir las batallas contra el error con armas mejor templadas que las nuestras, el viejo LABARO, llevando a la práctica el aforismo de Lactancio, habrá cumplido definitivamente su programa, si se considera necesario para la defensa de la religión que desaparezca, pues habrá defendido la religión muriendo, ya que no matando á ningún enemigo, ni siquiera imaginándose que podría haber dado muerte á muchos en fáciles y brillantes funciones de pólvora, en simulacros ruidosos con la artillería gruesa de palabras explosivas que no ofenden ni lastiman a nadie tanto como el que las escribe. Que se prescinda de nosotros para que la acción católica surja enérgica, y viva, y fecunda en la prensa. Hemos llenado nuestra misión. Sin que esto signifique que nos demos aire de mártires en cómodos sacrificios incruentos. ¡Muy al contrario! El soldado que ve por fin la renumeración de sus fatigas y molestias en el retiro honroso de la paz, recibe, con la satisfacción del deber cumplido, el premio único digno de quien luchó gratuitamente por una causa noble. En el descanso ve los laureles de una victoria, no las palmas de ningún martirio.

Y en la misión cumplida, siquiera sea tan ignorada y oscura como la nuestra, siguiendo constante y serenamente nuestro camino, sin miedo á las impías vociferaciones de la izquierda, ni á las piadosas murmuraciones de la derecha, hallamos mayor satisfacción que las que puedan caber en mil triunfos de la envidia. ... A nuestro pesar se nos ha escapado por los puntos de la pluma una palabra de las que llaman fuertes. Perdón. No es nuestro estilo. Es una concesión de despedida. Lo enérgico, lo fuerte, quizá esté en lo otro, en lo suave, ... tan anodino, tan insulso, tan insípido, para ciertos paladares».

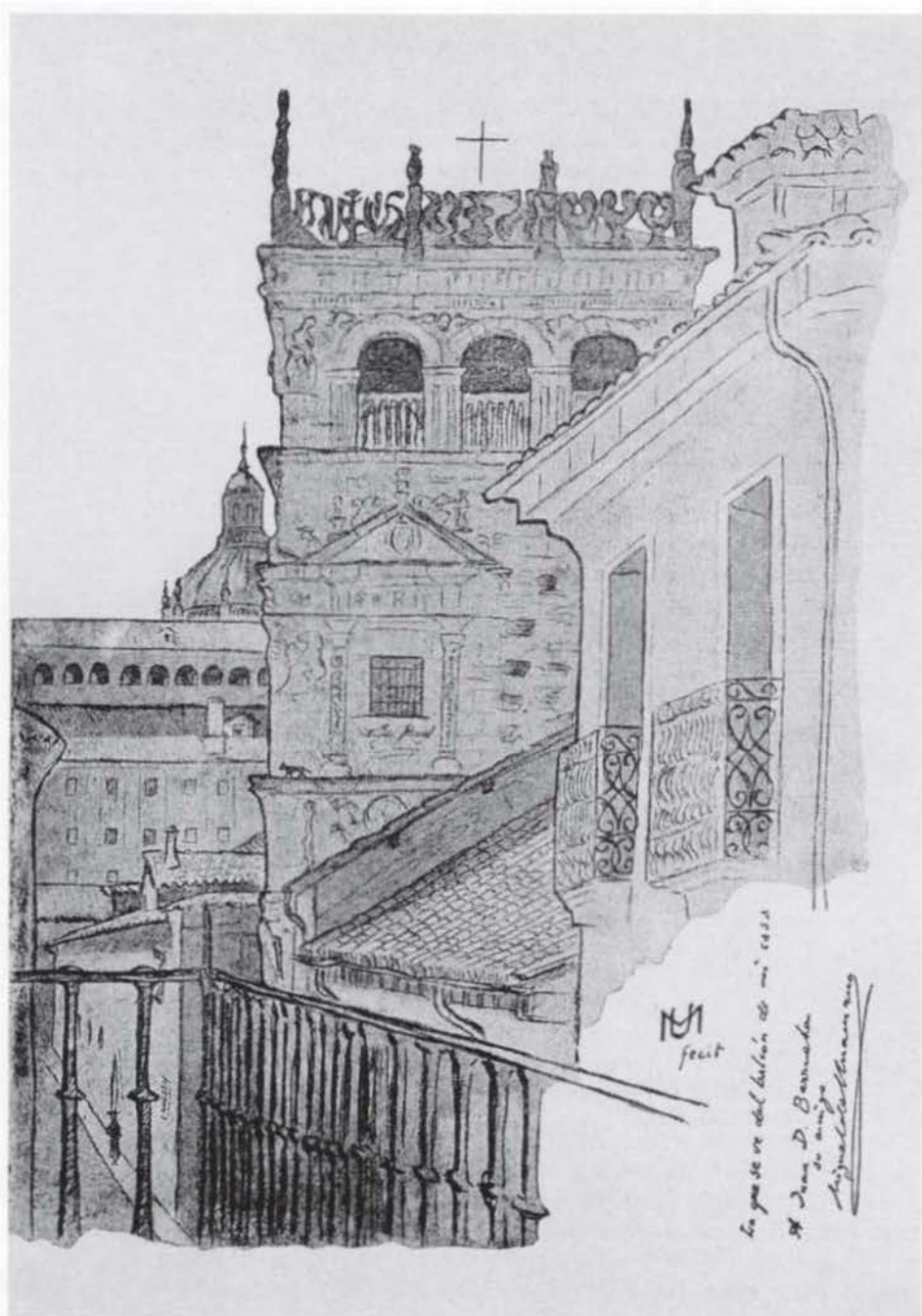
#### 4. *La ciudad. Salamanca: «Una guía sentimental»*

La ciudad de Salamanca constituye sin duda ninguna una de las claves definitorias de la obra de Juan Domínguez Berrueta. Una apasionada visión de la ciudad antigua, de su historia, de sus personajes impregnada también por un exagerado rechazo a los males del «modernismo» junto con una cierta añoranza de tiempos pasados le impulsaron a escribir su «*Salamanca: Guía Sentimental*».

Juzgue el lector algunos de sus pasajes:

#### SALAMANCA. UN CAMPO SANTO

«...La vieja Salamanca, a vista de pájaro, es un campo santo. Aquí y allá aparecen huertos, jardines. Son los cementerios de religiosas en clausura: *Agustinas, Carmelitas, Dominicas, las Claras, las Ursulas, las del Corpus, las Isabeles, las de la Madre de Dios, las Bernardas*. Más huertas y jardines, hoy secularizados, antes cementerios de frailes: los *Basilios, San Vicente, San Bernardo, los Jerónimos, los Mostenses, Santa Rita, Capuchinos, los Menores, los Mínimos, San Antonio de Afuera, San Antonio el Real, Campo de San Francisco...*



DIBUJO AUTÓGRAFO DE MIGUEL DE UNAMUNO DEDICADO A D. BERRUETA

Separados por la mancha verde de los huertos se destacan grandes mausoleos, con cúpulas y torres. Son los templos antiguos donde están enterrados los grandes personajes.

¡Museos de muertos hacen dos veces sensible la idea de muerte!

Aquellos nichos en la pared, donde se colocan como en anaqueles, no se entierran, los difuntos; y aquellos otros nichos, también, en el suelo, donde se superponen los ataúdes, hacen pensar, para cuando uno se muera, en aquella exclamación de Santa Teresa: «¿aquí no me darán un poco de tierra?».

¡Cómo se escasea la tierra, como si no bastara ya para contener a los vivos, y a los muertos tampoco!

Esas manzanas de casa de cuarenta pisos, ideal de una ciudad absurda, donde los ciudadanos serán autómatas, que no tendrán nombre, sino un número, el de su nicho en la casa, formarán los cementerios de vivos.

Todo será cementerio en la ciudad futura, donde falte la tierra. Todo era campo santo en la ciudad antigua donde no se negaba a nadie «un poco de tierra»... de la madre tierra...»

## TORRES, MANSIONES, PALACIOS

«...¡Casas solariegas, torres, palacios, caserones históricos de Salamanca, no me importa vuestra arquitectura, sino vuestro color, color de pátina, dorado al sol!...».

«...están esperando una resurrección artística, que las convierta en morada espiritual, de pocos o muchos —el número es lo de menos— soñadores que se refugiasen allí, para rememorar vidas pretéritas, voces arcanas, inefables.

De no ser así, que nadie habite en esas hidalgas mansiones, donde parece que de sus muros ennegrecidos y de sus blasones rotos se desprende un polvillo secular, que dice cosas sepulcrales y sagradas. Que paseen por sus corredores, melancólicos y silentes, su nostalgia de la selva, los gatos, esparciendo de sus ojos, como dos luciérnagas gemelas, un fulgor fosforescente que se eclipsa al momento, para aparecer enseguida, en otro rincón oscuro, más allá. Es que esos gatos misteriosos no ponen anacronismo donde pisan: son acaso los mismos que paseaban siguiendo las largas colas de las damas de otros tiempos...».

## TEMPLOS

«...Hay todavía en Salamanca, fuera de las Catedrales, cuatro grandes templos que, más que nada, por el lugar en que están situados, conservan su fisonomía típica de templos de otra época, sugeridores de honda poesía: *Las Ursulas*, *las Agustinas*, *San Bernardo*, *Santo Domingo*.

Yo invito a los que tengan alma de artista a visitar esos templos en una tarde de verano, a la hora de la siesta, o en un anochecer de otoño, cuando la lluvia canta su canción monorrítmica cayendo desde lo alto de los aleros, en un día y una hora en que la gente, con su rumor de colectividad, no profane el aroma del silencio que debe rodear a las cosas sagradas. Es una visita al pasado, de la que se vuelve como de una purificación, religiosa y artística a la vez.



Es lamentable que estos viejos templos vayan perdiendo, uno tras otro, su pavimento de losas graníticas, como piedras de sepulcros, y de largas pizarras con epitafios, y se vayan cubriendo con el entarimado de las capillitas modernas. Es más *confortable*, más tibio el ambiente, pero es una pena ese revestimiento de madera, como aquel otro revestimiento de cal o de pintura, que en plena decadencia del siglo XVIII y XIX, embadurnó las piedras de los muros y bóvedas y columnas de las iglesias, por parecer de «mejor gusto».

## EL ÁRBOL UNIVERSITARIO

«...Y yo me imagino que el árbol del escudo de armas de la ciudad es ese cedro gigantesco que, por suerte, se conserva solo, inmortal, en el patio universitario. ¿Qué importa que los eruditos del blasón disputen si era una encina o un alcornoque el árbol que pintan en el escudo los pintores? Los encinares de la provincia ¿qué tienen que ver con la planta universitaria?...»

«...Es de cultivar una planta de lo que se trata. Buen aire, buena tierra, es lo que primero se necesita. Cultivo, labor de estudio, riego de poesía, que es verdor, frescura, para que no se seque la planta por falta de jugo, por sequedad, por aridez científica o prosáica.

Así creció el árbol universitario, llegando a frondosidad tal, que en él, como se decía en Salamanca, «anidaban toda casta de pájaros», *golondrinos* (los colegiales dominicos), *pardales* (los franciscanos), *cigüeños* (los mercedarios), *grullos* (los bernardos), *tordos* (los jerónimos), *palomos* (los mstenses), *verderones* (los de San Pelayo)...

## LAS CALLES ANTIGUAS

«...Y había en Salamanca un Marqués de Villena que cultivaba las artes de la nigromancia, en la *Cueva Clemencina* o *Sacristía de San Cebrián*. Y había *Sinagogas*, y judíos muy principales. En la *calle de la Moneda* —hoy de la *Longaniza*— vivían el año 1228 D<sup>a</sup> Armina y doña Dominga la Roma; y en la de *Horno de Canóniga* D<sup>a</sup>Reina, viuda de Rabbi Alcázar y Zagüe de Medina, y en la de *Valdreseria* Don Josef, hijo de D. Men Hacen, y D. Hain Nahum.

Había muchas calles, de nombres pintorescos y de nombres heráldicos, de nombres vivientes cuya significación va cambiando como una desinencia gramatical. ¡Qué lástima de acuerdos municipales modernos, cuando ponen el nombre de una calle o de una plaza: «calle del Progreso», «plaza de la Constitución», «plazuela de D. Fulano Fulanez!».

Había una *Rua de Francos*, llamada así por los que trajo el Conde D. Raimundo de Borgoña, luego se llamó *Rua de San Martín*, y *Rua Mayor*, después, en plena decadencia del lenguaje ¡*calle de la rua!*

Había una *calle de Pelay Facha*, después de *Peripacho* —un lingüista entendería acaso con razón el Peripato, (ya hablaremos después de esto). Y la calle de *Sordolodo*, antes *Sordo-lobo*, quizá *Gordolobo*. Y la de *Lobo-hambre* —los lingüistas traducen *Hobohambre*, *Hubo hambre*. Y la de *Miña-Agustín*, *Monina-Agustín*. Y la *calle del Silencio*,

magnífica revelación de alguno de aquellos siete alcaldes, o siete justicias, que regían la ciudad del estudio. Y los *Corrales de la Alcaicería*, compuestos de cuarenta y cuatro casas pertenecientes a la noble familia de los Paces, con escudo de diez roeles, y cuyos moradores estaban «exentos de pechos y jurisdicción». ¡Hoy se llama *calle de los Corrales*, a un resto de aquel barrio! Y la *calle de Pan y Carbón*. Y la de *Canta el Grillo, Canta Ranas, Pero Cojo* —hoy *Pedro Cojos*, con esa tendencia del pueblo a pluralizar los apelativos—. Había la *calle del Trasgo* (vulgo de *Azotados*). Y la plazuela arábica del *Az-zog* o del *Azogoe*.

En las encrucijadas, a las puertas de la ciudad, en cada plazuela «la caridad —se ha dicho muy bien— tenía tomados todos los caminos», se levantaba un hospital, una alberguería, un refugio, algunos tan simpáticos como el de Nuestra Señora del Amparo, cuyos cofrades salían en las noches invernales a recoger por las calles a los pobres sin abrigo; y el de la *Misericordia*, cuyos hermanos retiraban los cadáveres de los ajusticiados en patíbulo.

Y multitud de ermitas y capillas con una imagen, un Cristo, alumbradas por una lámpara de aceite, en las noches calladas y oscuras, ¡quién sabe de qué juramentos, de qué votos, hasta de qué tragedias, en la callejuela solitaria serían testigos!

No queda más vestigio de estas fundaciones que una capillita olvidada, con una imagen de la Soledad, en un recodo de la solitaria calle de las Ursulas...»

## EL CAMPO DE SAN FRANCISCO

«...Yo no sé cuándo, en la historia de Salamanca, aparece al mundo el *Campo de San Francisco*...»

«...El nombre del santo recuerda un magnífico edificio que por aquellos solares existía. El nombre de *Campo* quiere decir *paseo*, el campo en la ciudad. Pero menos que campo y menos que paseo es un *jardín*. Un jardín melancólico, con cipreses, con *canapés*, solitario y silencioso, menos cuando hay *turbia* en el río, y vienen todos los criados de la ciudad al «caño de San Francisco» por la única agua de fuente que los municipios de la decadencia han ido dejando a los vecinos.

¡Jardín melancólico, modelo de pintores, campo cerrado, huerto monjil, tú tienes poesía, a pesar de haber sido engendrado, sin duda alguna, en el cerebro de una comisión municipal, que inventó aquellas escaleras, hoy tan mal olientes y sucias, para subir al *Campo*!

No sirve hoy querer revivir cosas muertas. Que no vaya la gente a pasear al *Campo de San Francisco*. Que queden sólo los viejos sentados al sol del invierno, rememorando sus andanzas antiguas, y los niños saltando como bandadas de pájaros por las barandillas de los asientos, y jugando a esconderse por las encrucijadas del paseo. Que quede un ruiñón cantando en los árboles la despedida al sol en las tardes otoñales. Y la fuente cayendo el cristal de sus aguas en la pila, como la salmodia que entonan las fuentes en los patios de una Cartuja.

Y la sombra de los cipreses dando imágenes dantescas en las noches de luna, y la sombra de los negrillos dando frescura a la tierra calcinada de los días caniculares. Que no se le ocurra a ninguna comisión municipal mejorar la obra de sus antepasados, sustituyendo el *Campo de San Francisco* por una Casa de Socorro o un Mercado de abastos.

Porque así, con toda su tristeza de cosa que muere, con sus viejos charlando al sol y sus enamorados noctívagos, tiene una poesía infinita...».

### LA PLAZUELA DE SAN JULIÁN

«...Los primeros años del autor de esta *Guía* se deslizaron en una de esas plazuelas venerables y simpáticas que hay en las ciudades viejas: la plazuela de San Julián. Aún se conservan algunos de aquellos soportales, que no debieran desaparecer nunca, aunque se remozasen las fachadas de las casas, aunque se reconstruyeran todas ellas, pero siempre sobre los portales beneméritos y populares. Allí se guarecían de la lluvia, y del sol, los pobres de la calle, los vendedores ambulantes, los muchachos que jugaban en la plazuela, y de repente les sobrecogía un aguacero de tormenta, o una granizada formidable, o se tenían que acoger a la sombra protectora, cuando sudaban a chorros, en un día canicular, buscaban un descanso, para volver a salir corriendo, como locos...».

### LAS VIEJAS

«...Existe también en la misma plazuela un monumento que no es histórico, ni artístico, pero sí sentimental: es un caserón pobre, medio convento, medio hospicio. El pueblo lo llama *Las Viejas*...»

«...Hay muchos asilos de ancianos desamparados, pero la Institución de *Las Viejas*, en la plazuela de San Julián, es especialísima: es una república platónica. Entran en aquella especie de convento, las señoras ancianas, llevan su dote, modestísima, y se dedicarán a rezar y hacer calceta, los contados días que han de vivir. Cuando pasa la procesión del Santo Cristo de los Milagros, aparecen allá arriba, en unas celosías, las luces de *Las Viejas*. Este era uno de los momentos más interesantes, cuando de niños, presenciábamos en aquella plazuela la procesión...».

### 5. *Austeridad y misticismo. El tiempo, El ambiente, el pasado: «Una vida por dentro»*

«...Yo nací a la vera de un río armonioso y gentil. Allá en el invierno, cuando las tardes grises entristecen el alma y anuncian el frío de la noche larga y oscura, bajan de los aires en bandadas, las gaviotas de Dinamarca, emigradoras, que en el otoño llegaron de sus regiones polares a pasar su temporada invernal. Son los aviones de la naturaleza, sin ruido de motores, sin hélices científicas, que atraviesan los mares y pasan por encima de las montañas y sin más guía geográfica que su prodigioso instinto, llegan a la meta y acuarizan al fin...». Así comienza «Una vida por dentro (Mis memorias)», Juan Domínguez Berrueta.

Y así termina:

«...Este final de la «vida por dentro», es uno de los «sucesos» (llamémosle así) de mi diario íntimo. Es, en verdad, el más interesante, como que es un «vislumbre

de lo sobrenatural». —He aquí el relato: —Era el día de la Asunción de Nuestra Señora. Ahora me explico el encanto que tenía para mí ese día muchos años antes. En la catedral, en el altar del trancoro ante una imagen de la Virgen y como impulsado de repente por una inspiración, supliqué que cerrase los ojos la Imagen, como señal si había de verme libre de una tribulación que pesaba sobre mí. Miré a un lado y a otro deseoso de no ser observado, de estar solo ante la Imagen bendecida. Y de pronto, no me cabía duda, sus ojos se habían cerrado ante mí. En plena luz del día aquella Imagen, como en un sueño celestial, cerraba sus ojos. Embelesado yo, no sabía qué decir, o más bien dije palabras sin pensar decirlas, enajenado de asombro, de dicha... «¡Gloriosa!» —Recuerdo perfectamente que dije: —«¡Esto es admirable!». Y me retiré de allí no sé al cabo del tiempo, me pareció un instante, con una alegría interior como quien lleva dentro una revelación del cielo. Tal convicción tenía de lo que había visto, y tan fuerte impresión visual recibí, que lo que ya dudaba era de si la Imagen tuviera los ojos abiertos otra vez. Me pasó por la imaginación preguntar a los que estaban en la catedral aquel día, si veían lo que yo. Pero reservé mi secreto. Me acerqué ante la Imagen nuevamente, y me detuve ante ella, hiqué mis rodillas, mirándola agradecido.

Yo sé que rezaba todos los días, hacía muchos años, el precioso *Memorare* de San Berardo... *Noli Mater Vervi, verba mea despicere...*».

Entre esos dos momentos descritos por el propio autor una vida dedicada a la enseñanza y los últimos 30 años dedicados a escribir y estudiar fundamentalmente sobre dos místicos castellanos: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Una pequeña habitación con ventanas a la calle Ramos del Manzano (ahora Gran Vía), una vieja mesa camilla encima de la cual puede verse un Cristo en una peana y un pequeño arbolillo llamado «cinamomo», pequeños cuadernos con notas y una alcaoba contigua, sitúan al personaje que hace de la austeridad y del misticismo forma de ser. Destacamos en este sentido dos pasajes:

#### LA MADRUGADA DEL VIERNES SANTO

«...La madrugada del Viernes Santo. Hay que visitar los sagrarios en los Conventos de monjas: las Ursulas, las Dueñas, las Claras, las Bernardas. Por esas calles típicas de la Compañía, de Palomino, plaza de los Basilios, Hospital viejo, plazuela de San Román, afueras de Santo Tomás, van recorriendo las estaciones mujeres enlutadas, silenciosas, de los pueblos comarcas, que han venido a la Semana Santa, y señoras de la ciudad que escogen esa hora para visitar las Iglesias, sin ver, ni ser vistas...».

«...La madrugada, las calles retiradas y silenciosas, la luz de un amanecer triste de Viernes Santo... es la hora religiosa.».

#### LA NOCHE DE ANIMAS

«...Pues ahora, te invito, lector, a un anochecer. Es la noche de ánimas. Hay que visitar la Casa de los Ovalles. Aquella casa grande y desbaratada, de la que habían



tenido que salir unos estudiantes, que la habitaban, para que se hospedasen en ella dos monjas: María del Sacramento y Teresa de Jesús. Era la noche de ánimas del año 1570. Como el doblar de las campanas, ayudaba a ello, la monja de más edad, María del Sacramento tuvo miedo, y aun llegó a infundírselo algo a la más animosa, Teresa de Jesús, «pues no había de quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole, que como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella». ¿Quién había de decirle a aquella miedosa María del Sacramento, que cuarenta años más tarde uno de aquellos estudiantes, D. Juan Moriz pidiera, como Obispo de Barbastro, la Beatificación de Santa Teresa: «porque ha cuarenta años —escribía— que estando yo estudiando en la Universidad de Salamanca, salí de la casa donde vivía, para que entrase en ella a fundar un monasterio de monjas».

Con estos recuerdos de otros tiempos más sentimentales, partes, lector, de la casa de Santa Teresa, y por la misma calle de su nombre, pasando por la casa de las Muertes, te diriges al atrio de la Catedral, y escuchas allí, un rato, aquel doblar de las campanas, como un salmo funeral, que baja de las altas torres, y va, entonando el ambiente de la noche de ánimas por los campanarios de los otros templos de la ciudad, que contestan a su vez, como si fuera el eco, con toques a muerto, ya menos musicales, menos artistas que los de la Iglesia Mayor.

Para terminar la excursión, bajas por la calle del Tostado, pasas el puentecillo de Santo Domingo, y por la calle de D. Francisco Montejo, el vencedor de Yucatán, llegas al Monasterio de las Bernardas. Atraviesas un corral solitario con un pozo en medio, y entras en la iglesia. Las religiosas del Cister, de elegante hábito blanco, rezan en el coro...».

Y así van pasando día tras día sus últimos 30 años en su despacho. En esa habitación escribiendo sobre los místicos, sobre Salamanca, sobre el catolicismo, sobre su vida por dentro, como ensamblado en su propio tiempo, quizá fuera del tiempo oficial. Quizá por ello escribió lo siguiente:

#### LA HORA OFICIAL

¡La hora oficial! ¿Y qué es esto? Hará unos quince años, al comienzo del siglo XX, por un acuerdo internacional, como el de la unión postal sencillamente, se convino, para la facilidad de las comunicaciones telegráficas, en adoptar la hora de Greenwich para el «uso geográfico» occidental de Europa. El Ministerio de Comunicaciones, es decir, el de la Gobernación —aquí en España nos comunicamos por obra y gracia del Gobierno— ordenó que la hora de Greenwich fuese adoptada por el Estado oficialmente. ¡Inconveniente de que la Gobernación del Estado gobierne correos y telégrafos! Es decir, que al «bajar la bola», la famosa bola de la Puerta del Sol, símbolo de la mentalidad española para la política constitucional, aquella bola misteriosa que baja sola —hay todavía muchísima gente que no se explica eso— cuando el sol medio pasa por el meridiano, al bajar la bola, decimos, era que el Gobierno constitucional decretaba que los ciudadanos españoles, los que tomaban el sol en la puerta de este nombre, de la capital de España, pusieran en hora sus relo-

jes, para vivir la vida civil, en la que un Gobierno paternal la daba el pan de cada día, en forma de destino público, y la hora de comer, en forma de bola que baja, como el maná, de las nubes. Para los cesantes, la caída de la bola era símbolo de la caída de los Gobiernos, del pan del destino también. Tiene más importancia de lo que parece para la psicología del pueblo español, esta cosa tan insignificante del reloj de la Gobernación. Y para la psicología de Salamanca más todavía. Salamanca constitucional recibió el orden del Ministerio de la Gobernación como pan bendito, como credencial de la entrada de nuestra vida local en la vía del progreso, a velas desplegadas en el siglo XX. Los serenos municipales cantaban la hora veintitres con el mismo énfasis como si por su boca de modestísima categoría de funcionarios públicos cantase el Presidente del Consejo de Ministros, puesto al habla con los jefes de Gobierno de las grandes potencias europeas. ¡Cosa notable! Aquí en la Salamanca de la crítica zapateril, donde se corea con el martillo golpeando en la suela, cualquier bando municipal, aunque ordene cosa tan racional y corriente como poner bozal a los perros en época de hidrofobia, se acató sumisa y orgullosamente a la vez, el ridículo y grotesco horario concejil de las diecinueve y las veintidos y media, horas absurdas, que tenían su realización allá en Greenwich, en un meridiano astronómico, punto convencional para medir el tiempo en las comunicaciones internacionales. Claro es que la extravagante canción nocturna de los serenos, el hazme reír de la hora veinticuatro —vulgo las doce de la noche— cantada por las calles, duró poco tiempo. Se disolvió en su misma salsa de tanta vis cómica.

Pero la planta nueva de la hora oficial arraigó aquí, en Salamanca, como en ninguna parte. ¡Qué campo tan abonado para semejante conquista del progreso!

He aquí el ciudadano salmantino del siglo XX que cifra la garantía de su vida civil, ya no en la papeleta del sufragio electoral —que fue un derecho, una conquista de la libertad, en el siglo XIX— sino en el reloj que lleva en el bolsillo, puesto en la hora oficial. El caballero más particular, se convierte así, en cierta especie de funcionario público. Si no canta la hora, como los serenos, la da. ¡Da la hora!

Pero hay otro aspecto: el del adelanto, el del progreso. Un ciudadano que vive, según él, aunque no sea un siglo, media hora, antes que sus convecinos, un individuo para quien es de día antes de amanecer, se ha adelantado a su pueblo, y por lo tanto a su época.

Y aquí está la característica salmantina, que ha dado especial importancia a la llamada hora oficial. Es que en Salamanca existía —y existe todavía, a pesar del mal gusto de quien desee que desaparezca— una hora de la Catedral. ¿Comprende el lector todo lo que esto significa? Hora del Estado, hora liberal. Hora de la Iglesia, hora clerical. ¡El liberalismo en el horario! Así, como suena.

Yo sé de gentes de espíritu autócrata inquisitorial, y sin embargo se llaman liberales por la constitución. Una de las cosas por la que se lo llaman, es... porque no viven con la hora de la Catedral!

No se crea —otra anomalía de Salamanca— que los que se llaman a sí mismos antiliberales, por la gracia de Dios, hagan suya la hora catedralicia. Dicen que no, que en estas cosas, «hay que vivir con el siglo». El liberalismo es pecado, pero eso no les obliga a ponerse a bien con la Iglesia Mayor en el horario.

6. *La técnica epistolar: Un camino de conocimiento y comunicación personal*

La técnica epistolar constituyó para Juan Domínguez Berrueta un auténtico camino de comunicación con gran cantidad de coetáneos ilustres. Ni es esta la ocasión ni las dimensiones de esta pequeña biografía permiten una referencia a cada uno de dichos personajes. En una vieja carpeta se amontonan cartas de Julián Marías, J.M. Pereda, Enrique Menéndez y Pelayo, Manuel de Fall, Juan Maragall, Gregorio Marañón, Federico Mistral, Palacio Valdés y Ortega, y Gabriel y Galán...; encima las de Jacques Chevalier, Alain Guy, Marcel Auberts, Magnus Grouvold, Carl Vossler, L. Pfandl y de Giovanni Papini y Carlo Boselli y tantas otras.

## IV ALGUNOS PERSONAJES EN LA VIDA DE JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA

1. *Miguel de Unamuno*

Juan Domínguez Berrueta mantuvo amistad con Miguel de Unamuno, más intensa en sus primeros momentos. Así contesta en una entrevista sobre sus relaciones con D. Miguel, al final de su vida: «— ¿Cómo se llevaba usted con don Miguel? —Muy bien. Yo diría en amistad tolerante, a pesar de ser diametralmente opuesto. Desde luego, ya en sus últimos años estábamos más apartados. Pero nunca enemigos. La portada de la primera edición de mi «Guía sentimental de Salamanca» me la dibujó él. Esto no lo hizo con nadie». Como muestra de esta amistad Juan Domínguez Berrueta relata en su «*Guía Sentimental de Salamanca*» un paseo con Unamuno. Este pasaje que reproducimos a continuación desprecia en las subsiguientes ediciones de la «*Guía*»:

Una de estas tardes del mes de Agosto, en la vieja Salamanca universitaria he realizado una *incursión*, quiero decir una *excursión*, hacia dentro, que no deja de tener interesante psicología. Salamanca, en este mes del verano, es una ciudad verdaderamente agostada. Calles polvorientas, convertidas, para mayor incomodidad, en carreteras, por virtud de iniciativas municipales, dignas de mejor acierto. Paseos *imposibles*, en toda la extensión de la palabra, que quiere decir que no existen ni parece haber posibilidad de que existan. Gentes que desaparecen en viajes obligados veraniegos, unas a divertirse, otras a aburrirse más en esos lindos pueblecitos económicos, donde se ahorran provisiones «allá para el invierno». Gentes que se esconden para aparecer «en ferias», al igual de quien regresa de la playa de San Sebastián, como mi zapatero que va todos los años en la «semana grande».

Los profesores de la Universidad en vacaciones; la población estudiantil dispersa por toda España, hasta que vuelve, en bandadas, como los vencejos, allá para San Miguel, cuando los vencejos se van. ¿Dónde ir? He aquí que el cronista, aguantando el sol de la siesta, va camino del convento de los Dominicos en compañía de M. Legendre, ese simpático e inteligente publicista francés que ha visitado a Salamanca

tantos años, y de don Miguel de Unamuno. Llegamos al atrio de Santo Domingo, ese trozo de ciudad típico, con aquel puentecillo, aquel enchinarrado embellecido de musgo, quizá lo mismo que cuando Colón vino a celebrar su entrevista con Fray Diego de Deza. Hacemos sonar la campana conventual, tirando pausada y firmemente de la recia cadena. Suenan los toques llenos por las bóvedas del claustro, se abre el portón y aparece el lego que le ha correspondido hacer de portero. No nos conoce. Legendre le pregunta, en su marcado acento francés, por el P. Matías. Está forastero. No importa. Pregunta por otro padre —el objeto es saludar a algún dominico amigo. —¿Sí está! —¿De dónde es usted? —dice el lego al extranjero. —¿Yo? De París. —¿Y cuál es su gracia de usted? —¿Cómo?...

Unamuno interviene para salvar a Legendre y al lego de su atolladero. Dice quiénes somos, y el buen religioso portero se lanza en busca del dominico. Transcurrido el cuarto de hora que se tarda, sobre poco más o menos, en ir y venir a una celda desde la portería, aparece el Padre. Los saludos de rúbrica. Pasamos al claustro interior, el de clausura. Allí está el magnífico algibe. Los visitantes tenemos sed y dando a la bomba el amable dominico sube del algibe cristalina, fresca, apetitosa, el agua conventual. Ya no parece que estamos en la Salamanca actual, seca, sin fuentes y apenas sin río, sino en aquella Salamanca antigua, cuyos previsores habitantes guardaban el agua en sus moradas del invierno al verano. Don Miguel habla de su excursión a las Hurdes, matizando la conversación de interesantes noticias y observaciones de amena cultura. Salimos a la huerta, esa huerta grande que tienen los conventos, que es algo tan esencial a la vida claustral como el coro, como el refectorio. El coro es para la oración, mantenimiento del alma; el refectorio, para mantenimiento del cuerpo, y la huerta, ese campo en pequeño, para la vida del compuesto humano: sol, aire, tierra, refrigerios del espíritu, expansión del sentido, contacto con la naturaleza. En aquella huerta seguía Unamuno hablando: de un canónigo que conoció en Asturias y criaba sabiamente a 4.000 gallinas; de una araña que alimentaba D. Miguel, de niño, con una mosca semanal... Nuestro fraile acompañante y otro Padre grave, con voz de simpático tono varonil y robusto, oían encantados aquella plática universitaria y conventual.

Al día siguiente había que realizar otra incursión. Visitamos un convento de monjas. Vagábamos por las callejuelas de la ciudad en siesta, cuando al pasar por el convento de las Isabeles —del que habla Santa Teresa con gratitud la primera vez que vino a Salamanca— propuse a mis acompañantes ver una tabla antigua de algún mérito que en la iglesia conventual había. Nos acercamos a la puerta. No había procedimiento ni de llamar siquiera. Me acordé de que el medio de comunicación de las monjas con el mundo exterior es la demandadera, ese otro ser digno de estudio, que sabe todas las noticias y conoce a todas las personas de la ciudad sin moverse, al parecer, de esa casita adherida a los muros del convento como un nido. La demandadera nos llevó hasta el torno y sin presentarnos nosotros a ella, nos presentó a la hermana tornera.

D. Miguel manifestó deseos de saludar a una señora, viuda de un catedrático, que había profesado años ha en aquella comunidad. Y se presentó la señora. ¡Qué efecto tan interesante nos produjo! ¡Con qué placidez hablaba de sus recuerdos universitarios de otros tiempos! Y luego, se nos presentó la decana del convento, una venerable monjita, pequeña de estatura, que había celebrado hacía poco sus bodas de oro

con la comunidad. ¡Cincuenta años, día por día, en el convento! ¡Qué ideas de quietud, de eternidad, sugiere ese medio siglo! En la cara alegre de la viejecita, serena, imperturbable, se adivinaba la acción de ese medio siglo de tranquilidad y sosiego del espíritu. Había llenado su tiempo en esta vida y esperaba sin desaliento alguno la hora de pasar a la otra, a la eterna ya comenzada aquí. ¡Qué diferencia del vivir anhelante del mundo, siempre deprisa, con el vértigo de la velocidad, como si se tardara en llegar a algún sitio donde hubiera que acudir al minuto, al segundo! ¡Y luego nos quejamos de que el tiempo pasa corriendo! No es el tiempo el que muere enseguida: son los hombres que lo matan.

Ese vivir deprisa que muchos insensatos alaban como una conquista del progreso, es una de las locuras que una civilización más adelantada que la nuestra ha de tratar de combatir, como se combate hoy la tuberculosis o el alcoholismo.

## 2. *El padre Arintero*

La relación de Juan Domínguez Berrueta con el dominico P. Arintero comenzó cuando ambos eran jóvenes estudiantes de Ciencias de la Universidad de Salamanca. Al terminar la carrera sus caminos se separaría momentáneamente. Años más tarde, Arintero ya dominico volvió a Salamanca al Convento de San Esteban. Durante muchos años los paseos de ambos dentro y fuera del Convento reforzaron la amistad y el cariño mutuo.

Un relato del propio Juan Domínguez Berrueta a su entrevistadora en el periódico «El Español» define la relación entre ambos:

«¿Usted sabe quién era el padre Arintero?

—Se le va a hacer el proceso de beatificación, según creo. Pues bien el padre Arintero y yo éramos muy amigos. Nos licenciarnos en Ciencias juntos aquí en la Universidad. Una vez tenía yo mucho interés en conocer una obrita titulada «52 matices del amor divino», escrita por el religioso francés hermano Avrión, y se me ocurrió ir al convento de los dominicos para preguntarle al padre Arintero que dónde podría encontrarla. Estaba el padre al final de un claustro y desde lejos me llamó casi con misterio. Me acerqué a él y sin decirme una palabra me alargó los «52 matices del amor divino». Me quedé sin poder preguntarle nada y con el libro temblando entre mis manos. Cuando me repuse de mi sorpresa él se había ido ya hacia su celda, según me dijeron. Después, días más tarde, no quise preguntarle nada. Ni él tampoco nada me aclaró. Preferí dejarlo todo en lo sobrenatural. Yo creo que lo era. Y este libro hizo mucho bien a mi alma.

## 3. *Ortega y Gasset*

Aunque Juan Domínguez Berrueta y Ortega y Gasset no se conocieron nunca personalmente, mantuvieron, sin embargo, una relación muy fluida a través de la correspondencia. Juan Domínguez Berrueta que admiraba a Ortega, manifestaba a



éste su preocupación por el catolicismo. En una de sus cartas Ortega y Gasset se manifiesta sobre estos temas:

Muy Sr. mío y amigo:

Son tales mis ocupaciones que si no contesto ahora mismo, en estilo telegráfico, a su carta no sé cuando pudiera hacerlo. Perdóneme, por tanto, la forma.

En modo alguno me sentí molestado por nada. No le contesté sencillamente y francamente porque para mí aquella cuestión de Descartes y San Juan de la Cruz es —como casi todas las cuestiones al cabo— un problema técnico de filosofía. Este no puedo pretender exponerlo en una ni en muchas cartas: será la labor de mi vida, lo que me justifique ante mí mismo el uso de un cuerpo, de un tiempo y de un espacio. Mis artículos son misérrimas expansiones de un corazón dolorido —nada más. Se trata, pues, de uno de esos melancólicos renunciamientos a que nos vemos obligados en cuanto tocamos cuestiones verdaderamente graves. Este hermano mío y yo nos hallamos discrepando en lo que parece un detalle: ¿cómo adecuar mi alma a la suya, la suya a la mía? ¡Ay! el supuesto detalle es síntoma de una diferencia extrema entre las texturas radicales de nuestras almas: diez años de labor de conciencia, de fermentación espiritual nos separan. ¿Podremos de un golpe, por súbita penetración y tansustanciación llegar a comprendernos? No sé si me explico.

No he recibido aún su artículo: me interesa enormemente, no así como quiera, eso que Ud. llama modalidad «provinciana» de unos católicos. Mas: no hay nada que me interese actualmente tanto como esos pequeños hogares donde germina lo que yo llamo el catolicismo discreto. Yo no pido sino que se tome en serio y se abre conforme a esta afirmación mía: el catolicismo es también cultura. Mi posición frente a los católicos españoles es —según no hace mucho tiempo dije al Obispo de Madrid— que yo estoy decidido a que no se siga poniendo en ridículo forma de humanidad tan honda, tan seria y tan fecunda como el catolicismo.

Probablemente me hallo yo más próximo a un catolicismo posible que al protestantismo —sin que esto sea abrigarme a no considerar como útil para España una levadura temporal de protestantismo.

Casi seguramente la única salvación de España estará en lo que hagan Uds. al dotar el catolicismo español de virtudes culturales, de virtudes superiores. Pero, hermanos míos, mientras Uds. sean pocos y hayan labrado poco, mientras, por consiguiente, gentes de mi ideario no puedan referirse a Uds. y en Ud. apoyarse como en un ejemplo ¿qué postura nos resta ante esa feroz burla estéril y salvaje que se llama catolicismo español?

No crea que me enoja ni me sorprende al decirme que yo pertenezco al alma de la Iglesia.... Claro como que el catolicismo ha sido y debe ser (aunque no lo es) cultura.

Ahora bien: el movimiento no se demuestra andando, pero sí deduciendo teoremas del principio del movimiento. Las leyes.... son tales principios porque son susceptibles de parir determinaciones ex-actas particulares... El catolicismo, como principio cultural ha de demostrar que lo es creando nuevas formas particulares de humanidad: en moral (políticos) y en arte, cuando menos.

Ya ve si me interesa y sí le agradezco que se haya acordado de mí al publicar ese artículo. Lo único que puede halagarme como publicista es que algunos hombres

honrados descubran entre las líneas que envió a los periódicos cierta generosidad fraterna para los altos intereses humanos.

Por lo demás, no crea que admiro sin reservas, sin muchas reservas el modernismo, mas de esto no le hablo: sería muy largo. Por lo pronto la Iglesia española necesita modernismo. Si Ud. tiene más tiempo que yo y no atribuye a desconsideración que alguna vez no le conteste, escriba de asuntos espirituales a su affmo. amigo.

A la muerte de Ortega y Gasset, Juan Domínguez Berrueta escribe en la prensa lo siguiente:

«Ha muerto el ilustre escritor y pensador español, Ortega y Gasset. Su influencia en los españoles intelectuales ha sido grande e innegable. De Hegel se ha dicho que rigió los destinos de la Prusia postnapoleónica desde su Cátedra de Berlín. Mens agitat molem. Las ideas rigen al mundo, a la corta o a la larga

Su obra genial: «La revolución de las masas» (1930). Traducida a todos los idiomas de Europa. Es quizá su obra más permanente.

Más que de lo que pensó el enloquecido Nietzsche; o Heidegger, autor exótico de ese existencialismo, «filosofía fallida» —como la califica el reputado crítico italiano Siacca-, deberá interesar a los españoles lo que ha hecho suyo del pensamiento internacional, el autor castellano que ha escrito en el estilo de la mayor elegancia intelectual.

En 1911, con motivo del Congreso Internacional de Filosofía de Bolonia, al que envié un modesto ensayo psicológico, y al que asistió Ortega y Gasset, personalmente, me permití escribirle, interesándome por lo allí tratado, y tuvo la bondad de contestarme, en dos extensas cartas, que conservo entre mi correspondencia seleccionada.

Me decía, de Bergson, que presidió el Congreso: «Su sensibilidad como fenómeno europeo». De la negación del positivismo devastador del siglo XIX, me escribía también.

Al insinuarle yo, católico de toda mi vida, mi deseo sincero de verle volver a nuestro campo, al que perteneció fielmente hasta su marcha a Alemania, quizá 1905, para ser discípulo del filósofo neokantiano, judío, Cohen, me decía Ortega: «el catolicismo es también cultura». Probablemente me hallo más próximo a un catolicismo posible que al protestantismo». «Tengamos —añadía— reservado el fondo del corazón para las grandes cosas serias, para las grandes tragedias, para lo grande de la religión, y lo grande de la ciencia».

Terminada nuestra breve, pero intensiva correspondencia epistolar, no tuve ocasión de ocuparme de su obra hasta (1944) que, en «El Español» (1ª época), le dediqué un extenso artículo, abundando en el mismo afán y deseos, insinuados en mi correspondencia epistolar.

Seleccionados sus pensamientos, los hay bellísimos acerca de la mística y de la humana sabiduría satisfecha de sí misma. De los grandes místicos dice: «Vigias de la humanidad», que «izados en el ensueño, o en el éxtasis, dan las voces de alerta al divisar las lomas rosadas que anuncian la costa». De los «sabios», que con toda su impedimenta y sus andares, de camellos cansados, llegan a las tierras prometidas siglos más tarde que los videntes.

A poco de publicarse la última obra de Bergson («Las fuentes de la moral y de la religión») donde se ve su acercamiento a la ortodoxia y donde afirma profundamente: «El misticismo católico es una prueba experimental de la existencia de Dios», escribía Ortega y Gasset: «Yo creo que el alma europea se halla próxima a una nueva experiencia de Dios». Quizá sintiera deseo de rectificar aquella lamentable paradoja: «Dios a la vista» (en 1927) en la que al momento defraudó todas nuestras esperanzas, con una absurda vacilación, diciendo que sólo se trataba, no de nada religioso, sino de un ¡Dios laico! De seguro que mil veces después se habrá arrepentido de aquella ligereza. Señalamos algunos de sus indudables aciertos:

Tratándose de la «filosofía», de Einstein, el «relativismo», expone Ortega y Gasset: «Si no existe la verdad, el relativismo no puede tomarse en serio». «Y la verdad no existe en la doctrina relativista. No hay más que verdades relativas a la condición de cada sujeto». No puede expresarse más sencillamente una refutación total de cuantas lucubraciones «relativistas» quieran hacerse pasar por serias especulaciones «filosóficas».

Respecto a la política de Einstein, Ortega y Gasset (1938, «La rebelión de las masas»), dice: «Einstein usufructúa una ignorancia radical sobre lo que ha pasado en España, ahora, hace siglos y siempre». «Se ha creído con derecho a opinar sobre la guerra española y tomar posición ante ella». «El espíritu que le lleva a esta insolente intervención, es el mismo que desde hace tiempo viene causando el desprestigio universal del hombre intelectual, el cual hace, a su vez, que hoy el muerto vaya a la deriva, falto de poder espiritual».

Era que mientras en España los comunistas y sus afines obligaban, bajo graves amenazas, a firmar manifiestos a escritores españoles, los principales escritores ingleses firmaban otro manifiesto donde se garantizaba que los comunistas y sus afines eran los defensores de la libertad. Einstein firmó manifiesto análogo.

Agradecimiento merece Ortega y Gasset por su defensa en pro de la verdad.....».

#### 4. *Gabriel y Galán*

La admiración por el poeta se inició desde el primer momento, cuando El Lábaro descubre a Gabriel y Galán por la publicación de una composición poética en quintillas titulada «Castellana», definida por Juan Domínguez Berrueta como una intensa melodía.

Al fallecer el padre de Gabriel y Galán, Juan Domínguez Berrueta publica en El Lábaro el artículo «*El Padre de Galán*»:

¡Parecía que aquel hombre no había de morir!

Tenía, para mí, algo de la inmortalidad de las poesías magistrales de su hijo.

Su viveza nerviosa, su penetrante, interrogadora mirada, su palabra resuelta y varonil, consagrado todo a pregonar la gloria del poeta....

Si pudiéramos imaginarnos una reversión, aquel padre bueno, de alma campesina, había sido engendrado por la encarnación de la poesía creadora de su hijo.

¡Con qué legítimo orgullo se nos anunciaba en sus simpáticas visitas! «Soy el padre de Galán».

Y gozaba hermosamente, con nosotros, al ver cómo se abrían las puertas de aquella casa de El Lábaro, el periódico que había publicado las poesías de su hijo, y se abrían nuestros labios para hablar de las impresiones sinceras que la admiración de *El ama* y *El Cristu benditu* nos causaba siempre.

Era de oírle cómo se dió a conocer en Bilbao, y en Valladolid, y en no sé dónde más, cuando alguien, extrañándose de su traje «de calzonitos», llevados «a mucha honra», le decía —¿De dónde es usted?— —Soy de Frades de la Sierra— ¡Cómo! ¿Del mismo pueblo del poeta Galán? —Sí, señor, del mismo. —¿Y conoce usted al poeta?... —¡Es mi hijo!...

No tenía precio esa declaración dicha con toda el alma, con el alma castellana, engendradora de esa poesía masculina, robusta, aireada, serena, la de las tierras llanas, austeras, y solemnes...

Si aquel hombre parecía que no había de morir.

¡Era el padre de Galán!

En contestación Gabriel y Galán escribe también una carta a Juan Domínguez Berrueta, fechada en Guijo de Granadilla el 10 de diciembre de 1904, y cuyo texto es el siguiente:

«Mi admirado don Juan: no llega Ud. a imaginarse lo mucho que le agradezco aquellas líneas cariñosas y sentidas que dedicó Ud. a mi muerto padrecito (q.e.p.d.).

Sí, decía Ud. bien. Como que yo no había pensado en que nunca se me podría morir. ¡Quién que le viera se acordaba de la muerte!

¡El Lábaro! ¡Cuántas cosas me trae a la memoria El Lábaro! ¿Cómo ir él a Salamanca sin escaparse de casa para ir un momento a El Lábaro!

El Lábaro iba con él a todas partes porque decía cosas buenas de su hijo.

Ahora las ha dicho de él, y Dios se lo pague a usted.

Aquella noche, cuando lo de Ud. llegó, se me metió en el cerebro sólo esto. ¡Si pudiera él leer El Lábaro esta noche! ¡Si lo pudiera leer!...

Y con ello en la cabeza hasta me llegué a fingir una resurrección para que leyerá aquello...

¡Pobre padre!

Le pido a Ud. un Padrenuestro para él. Para mí, lo que Ud. dijo en El Lábaro.

Su agradecido afectísimo

La defensa de Gabriel y Galán por parte de Juan Domínguez Berrueta es clara y efusiva. En 1954 publica un conjunto de artículos en *La Gaceta Regional* con los siguientes títulos: I. Martín Fierro y Gabriel y Galán. II. Tres poemas cortos en dialecto extremeño. III. Historia y significación del dialecto. IV. El poeta campesino de Castilla. V. El Ama. VI. El poema del gañán: Los pastores de mi abuelo. VII. El hablar de los labriegos. IX. Un poema inédito.

En 1956, escribe en «El Español», sobre los poetas y hombres del 98 y señala:

«En cambio, frente a ellos, encontramos a Gabriel y Galán con su fresca y jugosa poesía» y añade: «Yo creo que a Gabriel y Galán no se le aprecia como merece».



5. *Alain Guy*

El ilustre hispanista francés Alain Guy mantuvo también una estrecha amistad con Juan Domínguez Berrueta visitándole en sus numerosas venidas a Salamanca. Doctor Honoris Causa por la Universidad de Salamanca, Alain Guy es sin duda quien más ha estudiado y comprendido el pensamiento de Juan Domínguez Berrueta, considerando su producción literario-filosófica de gran importancia y enmarcándola en una corriente bergsoniana cristiana. En su libro «Essai d'explicitation d'une haute pensée castillane au XX siècle», señala:

«...Matemático, físico, químico y biógrafo muy estimado, publicó más de una docena de obras metafísicas o religiosas. Su existencia entera estuvo animada por una intensa vida interior, orientada por un catolicismo abierto, de inspiración agustiniana y franciscana, bergsoniana por naturaleza, alejada de todo integrismo.»

«...Juan Domínguez Berrueta rechazó, desde su juventud, el exceso de cientifismo, incapaz, según él, de captar con sus esquemas exclusivamente cuantitativos la fina textura de lo real. Sin desprestigiar de ningún modo los procedimientos lógicos y discursivos, perfectamente válidos para el mundo espacial, el profesor salmantino, que había escuchado con fervor la lección de Bergson, le pide a la intuición que le descubra, *sub specie durationis*, algunos de los aspectos más profundos del misterio cósmico, humano y divino. «La filosofía no debe ser un análisis, que se reduzca a expresar una cosa en función de lo que no es ella. No debe colocarse fuera del objeto, sino en el interior del mismo, por intuición, por *simpatía intelectual*, por coincidir con él, en lo que tiene de *inexpresable*». Lejos del logicismo, del vitalismo o del afectismo, la filosofía del conocimiento toma en Juan Domínguez Berrueta el aspecto de un racionalismo espiritualista y axiológico, sometido a la transcendencia.»

«...Dentro de esta perspectiva teísta, la mayéutica propuesta por el profesor salmantino es la de una tradición espiritual muchas veces milenaria: el silencio y el recogimiento, mediante los cuales nos disponemos a escuchar la voz de Dios. En este sentido, será indispensable una ética de la voluntad, que consistirá sobre todo en realizar en nosotros una *noluntad* estricta, gracias a la cual aniquilaremos nuestra propia voluntad para que la voluntad divina colme por completo el vacío resultante. Así pues, el personalismo berruetano desemboca en una mística muy ortodoxa, pero muy amplia en cuanto a su acepción; la sabiduría de los montañeses del Pueblo de la Sombra, descrita con dilección, está hecha de humildad, de fe ingenua y de amor activo hacia el prójimo. «El filósofo de la Sombra en el olvido de sí mismo, siente la posesión de la libertad del vivir. Vive alerta contra el exclusivismo de la soberbia de la vida, y por eso goza de una juventud perdurable. Ha escondido su personalidad, renunciando a sí mismo, en máxima divina; es, vive y se mueve en el Ser, yo en el no-yo. Ha hecho una adaptación de la vida a su uso, que es la suprema elegancia del vivir. El genio es la *Noluntad*, fórmula definitiva de la paciencia, de la negación, no suicida, sino creadora del verdadero yo». Juan Domínguez Berrueta, que analizó sabiamente los grados de la ascensión mística, insiste en el carácter hiperactivo de la mística auténtica, ajena a todo abandono perezoso o pseudoquietista. «La ascensión a la montaña de la Sombra y del Silencio libertaba de la mentida convención de los



sonidos a que están habituadas las gentes del resto del mundo. Y preparaba al espíritu, en un *excelsior* de purificación, para oír la belleza que la Naturaleza vertía en los aldeanos, hablándoles en el lenguaje tácito que Dios puso en el silencio y en la sombra de las cosas».

En otra ocasión, en una Conferencia dictada en la Universidad Menéndez y Pelayo en Santander y titulada: «Antropología y metafísica en Gregorio Marañón y Juan Domínguez Berrueta», Alain Guy sostiene:

«...Si se quiere comprender mejor el alcance de esta reforma del entendimiento y de la acción, que predica el profesor de Salamanca, nada más indicado para ello que la consulta de esta obra maestra que es *La canción de la sombra* en la que se esconde, al calor de un cuento muy sugestivo, un verdadero manifiesto de sabiduría. El pueblo de la Sombra, agazapado en la vertiente de una montaña muy elevada, en una atmósfera extraordinariamente límpida, lejos del jaleo de las ciudades, es la residencia elegida y feliz de un pequeño grupo de almas simples y cándidas. Las «distracciones» son allí de buena ley y sin ningún apresto y consisten, por ejemplo, en charlar con el tío Iván, el de los divertidos apotegmas, vendedor ambulante de bombones, o en mirar al chantre de la catedral que se pasea en su coche antediluviano, o en «tomar el sol» tranquilamente intercambiando tabaco en la *Plaza Mayor* o, en fin, asistir plácidamente a una boda campesina, que se desarrolla según costumbres inmemorables y sin malvenido o pretencioso «snobismo».

Este pueblo está habitado por santos hombres, como Don Cipriano, el buen cura que oficia compungido en el santuario de la *Virgen de la Salud*, o como el juglar Barbabé, prodigando ingenuamente sus vueltas de saltimbanqui a los pies de la estatua venerable de Nuestra Señora, o como el honrado músico municipal, de buenas acciones ignoradas... Myson, el poeta del pueblo, se dedica a celebrar con ternura esta existencia apacible y rústica, en la que se encuentran cuidadosamente preservadas las fuentes inmarcesibles de lo Bello y del Bien, y en la que se perpetúan la inocencia y la fraternidad. Fieles a la vivificante fórmula del Evangelio: «¡Beati mundo corde!» los habitantes de este país bendito, protegido contra todas las seducciones del lujo y de la *Wille zur Macht*, atienden con toda tranquilidad a la profundización de sus riquezas espirituales y practican ingenuamente el *gnothi seauton*. Es que la Sombra, en el seno de la cual se han refugiado, tiene por oficio decantar los diversos estratos de lo Real, procurándoles el bienestar del recogimiento. En primer lugar, ella absorbe todos los fosfenos que turban nuestra visión del cosmos y nos facilita la adopción de una cierta distancia respecto a lo sensible. En segundo lugar, nos vuelve espontáneamente hacia lo invisible. Una vez obtenido el silencio de los fenómenos, la voz del nóumeno se nos hace oír y nos incita a revestir el hombre nuevo.» La ascensión a la montaña de la Sombra y del Silencio, escribe Berrueta, libertaba de la mentida convención de los sonidos a que están habituadas las gentes del resto del mundo. Y preparaba al espíritu, en un *excelsior* de purificación, para oír la belleza que la Naturaleza vertía en los aldeanos, hablándoles en el lenguaje tácito que Dios puso en el silencio y en la sombra de las cosas». La renovación se promete así a todos los que se eleven con alma infantil hasta esta cumbre virgen, todavía inexplorada...».

«...Se debe reconocer que el maestro salmantino se ha mostrado estrictamente fiel a su método, y que ha conseguido (en la línea tan hispánica de Séneca, Sebondio, Vives, León Hebreo, Fray Luis de León, Cervantes y, sobre todo Santa Teresa de Avila y los grandes místicos) definir muy sugestivamente las líneas directrices de un ideal humano muy coherente e impregnado de una irénica armonía».

«...Biólogo y antropólogo ilustre, Marañón se ha atendido al plano de la psicología, de la sociología y a veces de una moral del buen sentido y el justo medio (que ha precisado, por ejemplo, en *Los deberes olvidados y el deber de las edades*, donde predica la moderación y la probidad, y también en *Vocación y ética* y *La Medicina y nuestro tiempo*, que tratan entre otras cosas de los límites del eugenismo). Con Juan Domínguez Berrueta, al contrario, hemos alcanzado muy pronto el plano entológico y noseológico, entiéndase incluso la mística. En él, sin duda, los análisis fisiológicos, psicoanalíticos y sociales de que gusta Marañón, faltan o están como implícitamente admitidos. Pero la dimensión más noble de la vida interior es explorada con audacia y perseverancia. Como María, Berrueta «ha elegido la mejor parte»..., y su éxito es, en este dominio difícil entre todos, tan innegable, creemos —si no tan brillante y tan famoso— como el del gran médico humanista en el plano que había escogido.

El acuerdo de estos dos hombres de rara sagacidad, pero de temperamento y método tan diverso, me parece tanto más notable e incluso reconfortante. Los dos hostiles, como Georges Duhamel o Emmanuel Mounier, a la nueva barbarie resucitada por la idolatría del dinero y de las máquinas, así como al orgullo de los dirigentes inhumanos o a la estupidez de ciertas multitudes abúlicas e infantiles que no se han elevado todavía a la toma de conciencia y que acarician su rebajamiento bajo la forma de los mitos más diversos, reclaman uno y otro del hombre moderno un esfuerzo de regeneración y de autenticidad. Pero Marañón permanece en el plano de la naturaleza aunque adhiera al espiritualismo e incluso confiese el cristianismo, mientras que Berrueta se lanza audazmente a la conquista de la sobrenaturaleza y nos inicia en la contemplación trascendente, bebida en los grandes espirituales. En este siglo XX español, de aristas con frecuencia muy contrastadas, sus dos visiones del hombre nos parecen tan profundamente castizas la una como la otra. La de Marañón se inserta en la corriente tradicional de los médicos-filósofos de la Península (de Huarte a Letamendi, Rof Carballo o Juan José López Ibor, por ejemplo) prudentes y experimentales. La de Berrueta es fiel al ejemplo exaltador de los grandes moralistas y teólogos, ascéticos o místicos (de Lulio a Osuna y Santa Teresa, o de Balmes a Unamuno y Zaragüeta)».